

*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*



**Dossier: Ignacio Ellacuría: su vida y su labor académica**

**Centroamérica, Guerra Fría y recrudescimiento  
de la crisis de los años ochenta  
(una introducción)**

Javier Agüero García  
Universidad de Costa Rica, Costa Rica  
[jav.aguero@hotmail.com](mailto:jav.aguero@hotmail.com)  
<https://orcid.org/0000-0002-6869-1157>

Recibido: 31 de setiembre de 2019

Aceptado: 31 de enero de 2020

**Resumen:** Este ensayo constituye una interpretación introductoria acerca de la Guerra Fría en la región centroamericana. Para la realización del análisis, primero se estudia el sistema internacional de orden bipolar resultante de la segunda Guerra mundial, para luego abordar el acontecer latinoamericano en medio de la guerra Fría, con las intervenciones en Cuba y en Chile; la crisis de Centroamérica, enmarcada en un proceso de autoritarismo de larga duración; los rasgos definitorios de la crisis del poder político durante los años ochenta, con el militarismo creciente; el difícil camino hacia la paz, desde la propuesta formulada en Contadora, hasta la firma de los acuerdos por parte de los diferentes países. Al final, se concluye con una recapitulación de lo sucedido entre el derrocamiento de Árbenz en Guatemala y de Noriega en Panamá.

**Palabras clave:** Historia política; crisis; Guerra Fría; Centroamérica.

**Central America, cold war and resurgence of the crisis of the 80s (An  
introduction)**



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a [revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr](mailto:revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr).

*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

2

**Abstract:** This essay constitutes an introductory interpretation about the Cold War in the Central American region. For the realization of the analysis, the international bipolar order system resulting from the Second World War is first studied; soon to approach the Latin American event in the middle of the Cold War, with the interventions in Cuba and Chile; the crisis in Central America, framed in a process of authoritarianism of long duration; the defining features of the crisis of political power during the 1980s, with increasing militarism; the difficult path to peace, from the proposal made in Contadora, to the signing of the agreements by the different countries. In the end, it concludes with a recapitulation of what happened between the overthrow of Árbenz in Guatemala and Noriega in Panama.

**Key words:** Political history; crisis; Cold War; Central America.

## Introducción

La crisis centroamericana desatada en los años ochenta cada vez se aparta más del presente con el paso de los tiempos, ya han transcurrido casi cuatro décadas. Sus secuelas, sin embargo, aún pesan sobre la vida cotidiana de los habitantes de estas tierras, en gran medida porque existe un pasado con un alto contenido de autoritarismo enquistado en las entrañas de las sociedades que ha precedido a la crisis misma; por otro lado, la envergadura de la crisis que azotó sin contemplación alguna revistió un carácter extraordinario, por su impacto en países ya vulnerables por su propia condición económica, social y política.

Aunque sean pequeños en territorio, los países conformantes del istmo centroamericano estuvieron en el ojo del huracán durante los años ochenta, máxime si se considera que en ese decenio se volvió a calentar la Guerra Fría, con el agravante que muchos de los conflictos allí desatados resultaron fatales para el tercer mundo, pues esta década comprende una de las épocas más peligrosas del pasado reciente de la humanidad (Hobsbawn, 1996).

Así, la dimensión convulsa de los países centroamericanos, inserta en el acontecer de un todo más general, organizado en un sistema internacional bipolar,



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

3

inmerso en un contexto latinoamericano, invita a conocer más de cerca, aunque sea a nivel introductorio, la crisis centroamericana en medio de la Guerra Fría. Primero se elabora un encuadre general del mundo bipolar resultante de la Segunda Guerra Mundial, para así distinguir las principales posiciones en liza; acto seguido se caracteriza el acontecer latinoamericano en medio de la Guerra Fría, para así reconocer los principales hitos definitorios que marcaron la evolución de países como Chile, Cuba y, por supuesto, la región centroamericana; luego se estudia la crisis de Centroamérica, fraguada desde el momento en que los grupos poderosos mostraron su incapacidad de resolver las tensiones acumuladas desde 1940; después se analizan los rasgos de la crisis del poder político durante los años ochenta para distinguir la complejidad de un decenio que cobró la vida de miles de centroamericanos; luego se pasa revista al estudio del recrudecimiento del conflicto armado, para así identificar la radicalización de las fuerzas en medio de una coyuntura trabada en las crispadas relaciones este-oeste; finalmente se aborda el agreste camino hacia la paz, desde la propuesta de Contadora, hasta la firma de los acuerdos por parte de los diferentes Estados.

El cometido de este escrito, por su naturaleza, ha obviado el tratamiento de temas teóricos y otros elementos, como las implicaciones sociales, económicas y étnicas sufridas por la población. De haber atendido este tipo de preocupaciones, muy legítimas, por cierto, se requería la elaboración de otros trabajos.

Se advierte, además, que en el análisis se incluye Panamá, pese a que no forma parte de la Centroamérica histórica, su relación con la región posee relevancia en las relaciones este-oeste por su condición geoestratégica, a partir de la construcción del canal interoceánico.



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

**Conformación de un mundo bipolar**

4

La última fase de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo el desarrollo de una agenda de acuerdos, cuyo desenlace empezó a perfilar, en la Conferencia de Yalta en febrero de 1945, un destino dicotómico entre los países que iban siendo liberados por los aliados occidentales, con respecto al avance de las fuerzas armadas dirigidas por Stalin. Pocos meses faltaban para dar punto final a la guerra europea y los líderes reunidos en la península de Crimea expusieron sus intereses de reorganizar el mapa de Europa, a manera resarcitoria por su participación en la conflagración bélica que azotó la humanidad entre 1939 y 1945. El orden internacional trazado encontró sus motivaciones concretas en el ámbito geográfico, en particular en la división del mapa europeo, donde Stalin defendió a capa y espada su interés de ejercer el control de la sección oriental europea, merced a la labor desplegada por la artillería del Ejército Rojo.

Roosevelt y Churchill temían que el comunismo soviético se extendiera a guisa de una mancha roja por el resto de Europa, con el agravante que se pudiera diseminar también en el Pacífico, en razón de que el mandatario soviético podía hacerse con el control del conjunto de las posesiones conquistadas por los nipones. En Yalta se dispuso que, una vez vencido Hitler, se continuaría con el objetivo siguiente en Asia. En esa senda de buscar la capitulación japonesa, se orientaron los esfuerzos de los tres dignatarios reunidos en Crimea, eso sí, con la desconfianza de que el zar rojo llegara primero y reclamara el control de la cuenca del Pacífico (Ferguson, 2007).

Como sucedió en la realidad, Japón fue arrodillado cuando los estadounidenses lanzaron dos bombas atómicas altamente destructivas en las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945. Quien emitió esa orden para evitar una eventual llegada de las tropas soviéticas al Pacífico fue el presidente Harry Truman (1945-1953), sucesor de Roosevelt, dado que este



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

5 → último falleció en abril del mismo año. Bajo el nuevo gobierno se formuló el Plan Marshall, un conjunto de medidas orientadas a ofrecer auxilio financiero a las debilitadas economías de Europa Occidental, para así evitar la expansión del socialismo en el oeste. Como se observaría con posterioridad, con Truman el nuevo orden internacional adquirió rasgos definitivos que incidieron en América Latina en la segunda posguerra.

Así, la configuración del sistema internacional, caracterizado por el establecimiento de un orden bipolar, bajo la Guerra Fría, asumió rasgos presentes en la historia mundial entre 1945, con ocasión del encuentro de los líderes en Yalta, y cuando se derribó el muro de Berlín, en 1989. A continuación, se citan los elementos más emblemáticos de un periodo histórico que marcó una generación entera.

- Su inicio hunde sus raíces en el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando dos países con ideologías antagónicas resultaron victoriosos frente a un enemigo común abanderado del expansionismo de índole fascista. Los vencedores fueron la Unión Soviética, con un modo de producción socialista y con un sistema de gobierno de partido único, y Estados Unidos, capitalista portador de la democracia.
- Comprende cuarenta y cinco años, toda una generación nació y creció bajo la estela de un conflicto heredado. Sus puntos de inicio fueron diferenciados según la geografía. En Europa comenzó con el bloqueo a la ciudad de Berlín, entre 1948 y 1949; en Asia, con la guerra de Corea (1950-1953), y en América, con el derrocamiento del gobierno de Jacobo Árbenz Guzmán, en Guatemala en 1954, por considerársele proclive a Moscú.
- Un conflicto entre los dos polos de poder, instrumentalizado para acrecentar intereses, que discurrió en cuatro fases. La primera reconocida por la globalización del enfrentamiento coincide con el calentamiento de las



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

6

relaciones. En Europa, con lo acaecido en la ciudad de Berlín, dividida en cuatro áreas de influencia y bloqueada por Stalin. En Asia, con Corea, a causa de desavenencias fundadas en conflictos limítrofes. En América, con el derrocamiento de un gobierno guatemalteco acusado por Washington de comunista. Esta primera fase concluye con la celebración de la conferencia de Bandung, Indonesia en 1955.

La segunda etapa de la Guerra Fría inició en el seno de la conferencia de Bandung, con la declaratoria de los países recién independizados de Asia y de África de convertirse en el movimiento de *los no alineados*; comprende un proceso marcado por la confrontación derivada por la construcción del muro en la ciudad de Berlín en 1961, para detener la migración hacia la República Federal Alemana, y por la crisis de la instalación de misiles en Cuba, isla recién convertida al socialismo, luego de la victoria revolucionaria comandada por Fidel Castro en 1959. Además, ocurrieron las invasiones soviéticas a Hungría y a Checoslovaquia en 1956 y 1968, respectivamente, amparadas bajo el Pacto de Varsovia que resguardaba el Telón de Acero.

La tercera etapa, comúnmente denominada como de la distensión, inició con el arreglo que puso punto final a la crisis de los misiles en 1962. Se caracteriza por tratar de disminuir el riesgo de un enfrentamiento nuclear que acabara con todo rastro de vida en el planeta. No obstante, aunque se asemejara a una *paz fría*, conflictos como el de Vietnam (1955-1975) y el derrocamiento de Salvador Allende, en Chile en 1973, auguraba que aún faltaba una nueva etapa de la Guerra Fría por venir. A fines de los años setenta dio comienzo una nueva versión del conflicto bipolar con el calentamiento de los conflictos, como el de Afganistán, con complicidad de los mandatos de Jimmy Carter (1976-1981) y Leonid Brézhnev (1964-1982) (Powaski, 2016; McMahon, 2009; Rodríguez de Magis, 1964).



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

La invasión del Ejército Rojo a suelo afgano en diciembre de 1979 inauguró el último capítulo de la convulsa relación entre el este y el oeste. Meses antes del mismo año, triunfó la Revolución islámica en Irán y la Revolución sandinista en Nicaragua. Esta cuarta etapa estuvo caracterizada por una escalada de la carrera armamentista, materializada en el proyecto estadounidense de guerra de las galaxias, un escudo espacial de protección para repeler un eventual ataque de la URSS. Finalmente, conforme iban haciendo crisis las economías planificadas del este europeo y de la misma Unión Soviética, colapsó el sistema socialista a partir de 1989. Ya habían pasado los gobiernos de Ronald Reagan y de Leonid Brézhnev. El mandato de George H. W. Bush inició en 1989 y presencié el derrumbe de la Unión Soviética en 1991. Con el desmoronamiento del socialismo realmente existente, se acabó la Guerra Fría.

### **América Latina y el mundo bipolar**

Desde la proclama de la doctrina Monroe en 1823, América Latina entró dentro de la órbita de influencia de Estados Unidos; así quedó sellada una historia de intervenciones en el subcontinente. Según Rodrigo Quesada (2012), el poder original, fundado por las trece colonias, establecido en la fachada atlántica, primero empezó su carrera de apropiación de tierras con el arrebato del cuarenta por ciento del territorio mexicano, ratificado en el tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, en manos del vecino del norte, y luego con la victoria de Estados Unidos sobre el agonizante imperio español en la guerra librada entre 1898 y 1902. Así, aseguró el ejercicio de su hegemonía en el subcontinente para modelar un poderío, que, al despuntar el siglo XX, evolucionó del ámbito regional al mundial. Entre 1890 y 1930, Washington fue responsable de más de cuarenta intervenciones de tipo imperial en Centroamérica y el Caribe. En 1903, Estados Unidos continuó su objetivo de conectar los océanos Pacífico y Atlántico, gracias a que consiguió independizar Panamá para lograr la construcción del canal



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

interoceánico. El poderío de la Casa Blanca, mediante la ocupación efectiva de Nicaragua, quiso crear un segundo Estados Unidos entre 1912 y 1933. En 1917, Woodrow Wilson no reconoció el gobierno de Federico Tinoco en Costa Rica, pese a los múltiples intentos del presidente costarricense de gozar del beneplácito de Washington (Murillo, 1981).

A partir de la década de 1920, la política de la *diplomacia del dólar* daba pie para la intervención en los Estados en caso de no honrar sus compromisos financieros. Este tipo de ejercicio del dominio estadounidense se convirtió en un corolario del *big stick* de la administración de Theodore Roosevelt (1901-1909), adicionaba la acción diplomática a la bien conocida intervención armada. Sus efectos se manifestaron en la expansión rápida de los capitales estadounidenses y en el control aduanero en manos norteamericanas; y, por supuesto, en el desembarco de los marines en resguardo de los bienes inmobiliarios de los estadounidenses residentes en la región (Pérez, 2018, p. 178).

Cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial, el sucesor de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), Harry Truman, lanzó su doctrina en 1947, enmarcada en darle un nuevo impulso a lo proclamado por su homólogo Monroe en el siglo XIX. Para el dignatario estadounidense de la posguerra era fundamental poner en relieve que el hemisferio americano también tendría su propio Plan Marshall (Judt, 2012). Los aspectos más importantes contenidos en la doctrina Truman son los siguientes:

- considerar el sistema democrático como el único posible de practicar, cualquier otra forma política que obviara las elecciones libres se interpretaba contraria a la democracia; y
- aplacar los movimientos vinculados con las orientaciones de izquierda, que durante los años treinta y cuarenta habían florecido en diferentes países,



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

por considerarse estos cercanos al comunismo soviético y, por tanto, una amenaza a la seguridad de Washington (Halperin, 1997).

La postura anterior obedecía a la nueva configuración del sistema internacional, caracterizado por el triunfo de la Segunda Guerra Mundial en dos bloques de poder antagónicos ideológicamente, que, si bien habían luchado contra el enemigo común en tiempos de la amenaza nazi, una vez finalizado el conflicto, exacerbaron sus posiciones en torno al control de territorios.

La seguridad hemisférica fue motivo de desvelo en Washington, de ahí que a lo largo del conflicto bipolar este-oeste asumió formas que redundaron en el combate y la intolerancia hacia los movimientos políticos y sociales considerados como subversivos por parte de la Casa Blanca. La firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en 1947, junto con la creación de la OEA un año después, constituyeron dos acciones concretas encaminadas a resguardar el territorio hemisférico de aquellas ideas ajenas a los preceptos de la democracia y de las elecciones libres; además de coadyuvar en el aplacamiento de focos afines o semejantes al socialismo, incluyendo desde luego la condena de los movimientos sociales, casi siempre catalogados como insurgentes que clamaban por un cambio del *statu quo*. Fue así como, “Especialmente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ejerció una influencia ideológica y doctrinal decisiva entre las cúpulas más destacadas de la oficialidad militar centroamericana. Aunque esta ha sido tan indudable como perniciosa para la democracia regional, sus resultados no siempre favorecieron los intereses y la seguridad que dicha potencia deseaba promover [...]” (García, 2012, p. 42)

Con el mismo espíritu de evitar los reveses de la implementación de las políticas hegemónicas y, sobre todo, el contagio de las ideas socialistas en suelo americano, se reeditó el concepto de la *nueva frontera*, concretamente durante la administración de John F. Kennedy (1961-1963); se echó mano a la justificación



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

del papel gendarme de Estados Unidos de la región sur vecina, siempre entendiéndose esta como todo el continente. En este marco surgió el programa de Alianza para el Progreso; su formulación, además, respondió a la necesidad de reacción frente al estallido de la Revolución cubana; dado que “El triunfo de la Revolución fue un estímulo para la izquierda insurreccional latinoamericana, que inspirada en el modelo cubano intentó crear focos guerrilleros rurales para la conquista del poder [...]” (Malamud, 2013, p. 470).

Alianza para el Progreso comprendía un plan de inversión cuantificado en diez mil millones de dólares, a semejanza de un plan Marshall para Latinoamérica. En el encuentro celebrado en Punta del Este, en Uruguay, se enunciaron los planteamientos modulares del programa: la promoción del desarrollo de reformas agrarias graduales, y la distribución de alimentos y útiles escolares a los más desfavorecidos. Sus resultados fueron visibles en aquellos países obedientes a Washington, que recibieron esta ayuda como premios por seguir los preceptos diseñados en la Casa Blanca (Halperin, 1997).

En este contexto adverso de la Guerra Fría, rico en conspiraciones internacionales, denominado por Mario Vargas Llosa (2019) como “tiempos recios”, años antes del lanzamiento de Alianza para el Progreso, en 1954, bajo el gobierno de Dwight D. Eisenhower (1953-1961), se depuso a Jacobo Árbenz, presidente guatemalteco que arribó al poder por medios democráticos con intromisión de la CIA y su Operación *PBSuccess*. El programa de gobierno, más reformista que comunista, se esmeró en realizar una reforma agraria que lesionaba los grandes intereses de la United Fruit Company. Poco a poco se sumó el creciente descontento de los grupos poderosos oligárquicos, junto con el apoyo incondicional de la Iglesia, y se logró articular un complot para derrocar al sucesor de Juan José Arévalo (1945-1954), el artífice de la Revolución de Octubre, que



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

había terminado con una larga cadena de gobiernos dictatoriales (Gleijeses, 1991).

Seis años después, los marines desembarcaron en República Dominicana; en 1964 intervinieron en Brasil con ayuda de los coroneles para derrocar al presidente, quien había asumido las riendas de Brasil en 1961, con el golpe de estado brasileño, donde el mandatario Lyndon B. Johnson (1963-1969) no titubeo en brindar el espaldarazo a los militares para acabar con el mandato de João Goulhart, quien era tildado como un maleante por el dignatario de Washington. El 11 de setiembre de 1973, con la complicidad de la CIA se derrocó a Salvador Allende, un mandatario que había triunfado en las elecciones libres celebradas en 1970 de su país Chile, y así,

Aunque en la vida política de Chile se habían producido estallidos de violencia, nada de lo ocurrido podía compararse con la represión intensa que tuvo lugar desde el golpe de septiembre de 1973. Miles de chilenos fueron muertos. El número exacto nunca se sabrá, pero se calcula que fueron entre tres mil y treinta mil. En los primeros seis meses que siguieron al golpe hubo hasta ochenta mil detenidos por motivos políticos [...] la tortura de los sospechosos políticos, el encarcelamiento, el exilio e incluso el asesinato siguieron siendo parte del sistema de control político [...]. (Angell, 2002, p. 295)

Tanto en Guatemala y Brasil como en Chile se instalaron regímenes dictatoriales amigos de Washington. Fue esta la constante de la historia latinoamericana posterior a la Segunda Guerra Mundial: poderes alineados dentro de la órbita de lo dictado en 1947 en el Acta de Seguridad Nacional, promulgada en el contexto del mundo bipolar, en la que, entre otros aspectos, se destacan los siguientes:

- fue la base de la Doctrina de Seguridad Nacional, la principal herramienta para el desarrollo de la concepción del Estado de Seguridad Nacional;
- propuso la contención frente al enemigo, el poder soviético y sus satélites; e



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

- incluyó a los militares en la dinámica económica de cara al estallido de una eventual guerra, en estrecho vínculo con la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional (Leal, 2003).

### **Centroamérica en crisis**

En julio de 1979 triunfó la Revolución sandinista que depuso al régimen dinástico de la familia Somoza, gobernante de Nicaragua desde 1937. Con dicha caída se daba paso en el istmo, por un lado, a la apertura en un nuevo capítulo de la historia centroamericana heredera del autoritarismo enmarcado en la larga duración (Acuña, 1995); y por el otro, se pensaba en posibilidades de ensayo de otras formas de ejercicio del poder.

Siguiendo a Víctor Hugo Acuña, el autoritarismo en la larga duración, entendido como el ejercicio abusivo y arbitrario del poder con la exclusión total de la sociedad civil, junto con la ausencia de consolidación y la discontinuidad de las instituciones políticas, prefirió el predominio de las funciones coercitivas sobre las consensuales. Este fenómeno sociopolítico se inscribe en la dialéctica propia del autoritarismo, con una acentuada lógica continuista, en una evolución en tres etapas: a) la de los caudillos, desde la independencia hasta la década de 1870; b) la del liberalismo apaleador, entre las reformas liberales y el decenio de 1940, y c) la de las dictaduras militares de la segunda posguerra, coincidente con la época de la puesta en marcha de proyectos desarrollistas (Acuña, 1995, pp.560-561).

El poder autoritario germinó en medio de una tradición ya practicada en el siglo XIX que se remonta a los tiempos de las reformas liberales a partir de 1870. Con dichas reformas se despojó a los indígenas de sus tierras y se trazaron las bases de proyectos nacionales, liderados por ladinos en detrimento de las mayorías; y de paso se configuró el resto de una Centroamérica con un alto



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

contenido de exclusión. Por otro lado, según apunta Bradford Burns (2006), la imposición de modelos de modernización por la fuerza propició el origen de desórdenes sociales.

Así las cosas, las repúblicas centroamericanas sufrieron el arribo de dictaduras durante el siglo XX con una alta dosis de barbarie. Manuel Estrada Cabrera y Jorge Ubico, en Guatemala, persiguieron a ultranza a sus adversarios sin titubear ni un solo instante; Tiburcio Carías Andino, cuyo nombre se recuerda en un estadio, es de ingrata memoria por buena parte de la sociedad hondureña. Maximiliano Hernández Martínez masacró a una multitud indígena armada con palos, piedras y machetes, que clamaba por alimento en El Salvador en 1932, las víctimas entre detenidos y fusilados ascienden a 30 000; en tanto en Nicaragua, Anastasio Somoza, a cargo de la Guardia Nacional, aniquiló la más mínima señal de adversarios políticos (Pérez, 2018).

Conforme avanzaron los años, en el decenio de 1940, el modelo autoritario enfrentó una crisis que incidió en intentos de reforma, en diferente grado de realización; resultaron frustrados, con excepción de Costa Rica, donde fue posible el paso a un nuevo modelo estatal –que ya venía dando muestras de intervencionismo en materia económica y social desde los años veinte– basado en el desarrollo de un Estado de Bienestar, sin que se obviara una campaña anticomunista, típica de la Guerra Fría, como bien lo indica Jorge Barrientos (2019):

Luego de 1948, durante la Guerra Fría, nuestro país presenta algunas diferencias con otros países regionales, los cuales durante muchos momentos desarrollaron fuertes movimientos de izquierda, y fueron democráticos o revolucionarios [...] Mientras esto sucedía así, en Costa Rica las clases dirigentes lograban consolidar una democracia electoral y un régimen capitalista a través del consenso, la censura y, en menor medida, la represión, donde los comunistas tuvieron poco espacio para lograr convertirse en una opción importante como lo fuesen antes de 1948 [...]. (pp.21)



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

A *contrario sensu*, en Guatemala, El Salvador y, en menor medida, en Honduras, los intentos de dar un golpe de timón para crear un modelo más inclusivo en la década de 1940 se vieron truncados por fuerzas internas y externas que vieron en esos movimientos, comandados muchas veces por sectores medios, una amenaza que podía poner en riesgo el *statu quo* vigente. En Nicaragua la situación fue menos afortunada, pues ni siquiera se dio el intento hacia el cambio de ruta y los Somoza continuaron ejerciendo el poder sin interrupción.

Así las cosas, el istmo centroamericano al despuntar el decenio de 1970, cargaba un pasado materializado en sociedades desiguales, exclusión social y un ejercicio arbitrario de la justicia. Juntos, grupos oligárquicos y coroneles, gobernaron con mano dura a las sociedades en condiciones propias de una legitimidad del poder cada vez más deteriorada. En Nicaragua encontró su detonante en 1979, como manifestación más diáfana del fracaso político. (Rojas, 1993, p.85)

### **Crisis del poder político**

La crisis llegó a ser inminente a partir de los años setenta; no obstante, para la opinión internacional, fue el decenio de 1980 el más crítico. En gran medida esto se atribuye al desenlace de la Revolución sandinista, que coincidió con el recrudecimiento del movimiento insurgente en El Salvador; seguido, desde luego, por el terrorismo de Estado ejercido por el gobierno guatemalteco y por la represión dirigida por los militares.

Como lo señala Manuel Rojas (1993), el fracaso político llegó a convertirse en una realidad en la Centroamérica posterior a la Segunda Guerra Mundial, caracterizado por la injusticia social y el autoritarismo creciente, acompañado de la inestabilidad política y violencia institucionalizada. Dichas condiciones llegaron a



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

su clímax en la región al despuntar los años de 1980. Fue una “década infame”, así reconocida por Edelberto Torres-Rivas, porque se desató la violencia, el miedo y la pobreza generalizada, en un contexto marcado por doce años de guerras civiles que habrían deteriorado la legitimidad del poder, con el consiguiente desarrollo de movimientos de violencia civil (Torres Rivas, 1993, pp.11-12). La ausencia de gobiernos civiles y el lastre del autoritarismo coincidieron con la crisis del modelo de sustitución de importaciones, estilo de desarrollo ensayado a partir de los años cincuenta, con el agravante de la explosión del *shock* petrolero y del aumento sin precedentes de las tasas de interés, responsables de generar lo que la historia económica denomina la crisis de la deuda. (Bulmer-Thomas, 1998; Guerra-Borges, 1993).

La conjunción de elementos del orden político, el empobrecimiento de las masas como resultado de la crisis internacional generada por el aumento sin parangón en el barril de petróleo y el desarrollo de una cultura del miedo distinguieron a la región, sin que se divisara alguna solución posible. El escenario, ya de por sí complejo, se tornó más difícil de resolver en razón de la multiplicidad de factores a los que debía añadirse un elemento externo: la intervención de los superpoderes protagonistas del conflicto este-oeste.

En un ambiente extremadamente convulso, Centroamérica se convirtió en el ojo de la tormenta del continente, reconocida por Walter LaFeber (1984) como la cuna de las revoluciones inevitables, que encontraron en el estallido de la Revolución sandinista su detonante, dado su significado más regional del conflicto, puesto que la victoria de los opositores a Somoza se convirtió en un aliciente para otros movimientos insurgentes, deseosos de emular sus logros o al menos sus promesas cifradas en romper el orden injusto y desigual.

En Nicaragua el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, atribuido a la Guardia Nacional, brazo armado de la dictadura, constituyó el fósforo que hizo



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

explotar el barril de pólvora; una población hastiada y resentida por la interminable serie de abusos cometidos por la dinastía Somoza, que incluso cometió la osadía de hacer uso discrecional de las ayudas internacionales brindadas para atenuar el atroz impacto del terremoto que destruyó la ciudad de Managua en 1972.

La revolución de los sandinistas salió airosa, en julio de 1979. Somoza Debayle salió huyendo de su país y más tarde fue asesinado en las calles de Asunción, Paraguay; con ello concluyó un capítulo del autoritarismo más representativo de la región. Con la caída del dictador se inició en Nicaragua una etapa de gobierno sandinista adjetivada como revolucionaria y poco tiempo después como marxista amiga del régimen cubano de Fidel Castro. El gobierno de Ronald Reagan vio con recelo al gobierno encabezado por los nueve comandantes y optó por responder con medidas conducentes a la desestabilización de ese régimen.

Mientras, en El Salvador el panorama político se vio alterado por la radicalización de los prominentes movimientos insurgentes. El creciente antagonismo de posiciones dio como resultado la aparición de extremismos dentro de una sociedad altamente polarizada, que a la altura de 1979 enfrentaba la ferocidad del ejército modernizado y financiado por Estados Unidos contra un numeroso contingente revolucionario de corte campesino; esto sin dejar de lado el desolador escenario humano ocasionado por el terremoto que azotó el país en octubre de 1986, más de 20 000 heridos y la quinta parte de la población sin techo (Torres-Rivas, 1994 p.19).

La lucha social callejera fue violentamente reprimida; en tanto, en el plano político, los fraudes electorales, se pusieron a la orden del día. En el filme *Romero* se recrea el angustioso modo de sobrevivir de las mayorías, muchas desamparadas y desesperadas, obtenían su sustento de los desperdicios lanzados a los basureros. El país estaba destrozado por el impacto de una guerra



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

que había adquirido los matices de un conflicto civil que enfrentaba a la población entera. Así, se exacerbaron las posiciones mientras se acababa con vidas de personas inocentes, incluyendo la del entrañable amigo del arzobispo Óscar Arnulfo Romero, el sacerdote Rutilio Grande. Romero, nombrado por Roma en 1977, empezó a emitir mensajes orientados a la erradicación de la violencia generalizada que embargaba a sus conciudadanos, su misión se volcó hacia la denuncia del atropello de los seres humanos. El clérigo resultó muerto, mientras oficiaba una misa en marzo de 1980.

Entre tanto, en Guatemala, el enfrentamiento social recrudeció con características políticas compartidas por el resto de los países del istmo; no obstante, el panorama de la crisis se tornó más complejo, dado el porcentaje y las condiciones de vulnerabilidad enfrentadas por los grupos indígenas, carne de cañón de las dictaduras militares.

Solo Costa Rica salió ilesa de la crisis política responsable de la ola de violencia que inmisericordemente hizo arder al resto de Centroamérica. La madurez lograda por la institucionalidad, forjada merced a la promulgación de las garantías sociales y a la implementación de una agenda socialdemócrata, aunada al desarrollo de un Estado de Bienestar, hicieron posible que el juego político, basado en una democracia electoral, no sufriera embates que pusieran en entredicho su legitimidad. Dos factores novedosos adicionados a la evolución política del decenio de los ochenta en Costa Rica fueron: a) la creación del Partido Unidad Social Cristiana (PUSC), como una agrupación política opositora a Liberación Nacional (PLN), con una vocación mesurada en la intervención del Estado en materia económica y social; y b) un giro hacia la derecha conservadora del partido socialdemócrata evidenciado en la aprobación de los programas de ajuste estructural (PAES) (Molina y Palmer, 2017).



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

**El recrudecimiento del conflicto**

18

La crisis política suscitó toda una serie de manifestaciones sociopolíticas con un común denominador absolutamente desfavorable para la mayoría de la población centroamericana. En medio, de la turbulencia bélica, perseguidos, desaparecidos y torturados llegaron a figurar en los titulares de periódicos regionales y extranjeros, durante el decenio más convulso de su historia en momentos cuando proliferó la guerra civil; en tanto, las elecciones se desarrollaban muchas veces en un marco de escasa legitimidad. Se imponía así una realidad poco alentadora; por un lado, las tensiones acumuladas de la frustración de los movimientos de reforma de décadas anteriores, y por el otro, las estrategias aplicadas por los grupos gobernantes, integrados por oligarcas y militares, imposibilitados de cumplir su cometido de lograr la obediencia ciega de la población.

Sin embargo, dentro del complejo juego político imperante surgieron gobiernos civiles que, en medio de miles de dificultades, trataron de abrirse paso en medio del brote de la polarización social en Honduras, Guatemala y El Salvador. En el primer país no se registraron acciones armadas; no obstante, la situación política se tornó tensa debido a la voluntad de Estados Unidos cuando comprometió la soberanía del Estado hondureño al instalar bases militares de fuerzas contrainsurgentes destinadas a desestabilizar a los sandinistas en Nicaragua. Pese al peso de las fuerzas armadas, los gobiernos civiles inauguraron un ciclo democrático iniciado por Roberto Suazo Córdoba en 1981, sucedido por José Azcona Hoyos en 1985. Ambas administraciones presidenciales recibieron cuantiosos recursos provenientes de Washington a cambio del apoyo a las fuerzas contrainsurgentes ubicadas en la frontera con Nicaragua, situación también compartida por Costa Rica (Fonseca, 1998, p.274). De acuerdo con Carlos Sojo (1991), el compromiso de colaboración con la Casa Blanca obedeció a una alianza



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

estratégica, a cambio de recibir ayuda económica en momentos críticos de la crisis.

En tanto, en Guatemala la sucesión de golpes de Estado fue la regla. Efraín Ríos Montt, un cristiano evangélico, destronó a su predecesor, el general Romeo Lucas García, en 1982; aunque el nuevo mandatario prometió *fusiles y frijoles*, por debajo ocultaba un perverso programa llevado a la práctica mediante el impulso del combate contra los grupos insurgentes por medio de la represión; su manifestación más diáfana se encuentra en el genocidio en vastas regiones indígenas. En 1983, otro militar, Óscar Humberto Mejía Víctores, arribó al poder, vía cuartelazo; proponía un retorno a la democracia y luchar contra el enemigo comunista, en un marco de estrecha colaboración con la Casa Blanca. Un año más tarde se realizaron elecciones para la integración de una asamblea constituyente, y en 1986 llegó a la silla presidencial un gobierno civil encabezado por Vinicio Cerezo, quien enfrentó dos situaciones adversas en su gobierno: el celoso control de los militares y la complicada situación económica, que, junto con los intereses de los grupos oligárquicos, se convirtieron en verdugos que paulatinamente desgastaron su gestión gubernamental.

En El Salvador, al verse frustradas las opciones de negociación, los grupos dirigentes optaron por incrementar la dosis de violencia; según ellos, esta estrategia contribuiría a sofocar el descontento del movimiento social. Empero, en 1979 un conglomerado de grupos muy heterogéneo, entre los que destacaba Napoleón Duarte, aunado a una sección del ejército, participaron en el golpe de Estado contra el general Carlos Humberto Romero. Como era de esperar, la precaria cohesión de estas fuerzas desembocó en una amenaza latente para un gobierno que, además, era subordinado de la institución castrense, pues las fuerzas armadas mantuvieron el control del poder. En 1980, el asesinato de Óscar Arnulfo Romero presagiaba la inminencia del recrudecimiento del conflicto; en ese



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

mismo año se crearon dos importantes grupos contestatarios: la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), luego denominado Frente Democrático Revolucionario (FDR), y el Frente Farabundo Martí (FMLN), este previsto de una estructura militar. En la acera del frente, los grupos conservadores se aglutinaron alrededor de dos agrupaciones políticas: la Democracia Cristiana y la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) (Figueroa, 1993).

Los hechos discurrieron rápidamente y las pugnas entre los dos partidos aumentaron su tono. José Napoleón Duarte (1984-1989), con una salud cada vez más deteriorada, gobernó desde un ejecutivo débil, opacado por un legislativo controlado por las posiciones derechistas de ARENA. Su administración no pudo hacer mayor cosa frente al control ejercido por parte de la guerrilla en el norte y noroeste de un país aguerrido, inmerso en una compleja situación de conflictividad social creciente.

En Nicaragua, por su parte, el proyecto sandinista, dirigido por los nueve comandantes buscó un norte: la recuperación del país por medio de la reconstrucción. No obstante, en un corto plazo, en menos de un año desde el triunfo del movimiento revolucionario, la junta de gobierno empezó a fisurarse, en particular con la salida del ingeniero Alfonso Robelo, conllevando la inevitable ruptura con el grupo empresarial y la consiguiente afrenta de los sectores conservadores descontentos con el impulso de la economía mixta.

El futuro de la revolución Sandinista se decantó hacia el enfrentamiento de enemigos internos provenientes de los sectores conservadores y, por supuesto, hacia la ofensiva económica y militar lanzada por Washington, materializada en el boicot al comercio y en la capacitación, junto con el abastecimiento de armas a los grupos contras instalados en las regiones fronterizas de Honduras y de Costa Rica. El desvelo de la Casa Blanca radicaba en desestabilizar el régimen



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

nicaragüense, amigo de Cuba, por medio de dos vías: el cierre de la ayuda bilateral y del apoyo militar incondicional a las fuerzas contrainsurgentes.

La posición de la Casa Blanca se endureció aún más cuando los sandinistas triunfaron en los comicios de 1984, la respuesta de Reagan fue la imposición de un embargo económico. De poco sirvió la holgada ventaja obtenida por el frente revolucionario con Daniel Ortega a la cabeza, y tampoco fue de utilidad la cantidad de personeros nombrados por la comunidad internacional en calidad de observadores que se dieron cita para permanecer en Nicaragua con la mirada fija en el proceso electoral.

Las consecuencias económicas del boicot fueron nefastas y trajeron incremento sostenido de precios, desempleo y pobreza sobre el grueso de la población nicaragüense; mientras tanto, el conflicto recrudecía y se ampliaba su radio de influencia.

### **De la guerra a la paz**

La radicalización del conflicto centroamericano está íntimamente vinculada al proceso de la ampliación de su cobertura; dicho de otro modo, la situación convulsa generó una implicación de los diferentes Estados a nivel regional, en razón de lo apuntado por Elizabeth Fonseca (1998):

El ascenso del sandinismo introdujo cambios importantísimos en Centroamérica. En primer lugar, la confrontación del gobierno nicaragüense con los Estados Unidos alcanzó inusitados niveles de tirantez, y comprometió a los gobiernos de Costa Rica y de Honduras en el acoso al nuevo régimen. En segundo lugar, [...] el ejemplo nicaragüense estimuló los procesos subversivos que tenían lugar en El Salvador y en Guatemala, con la consecuente revitalización de la guerra contrarrevolucionaria, apoyada por el gobierno norteamericano. (p.278)



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

La ruta hacia la paz fue tortuosa y no bastó con la puesta en ejecución de procesos electorales en cada uno de los países, en gran medida, porque las condiciones socioeconómicas de miseria, aunadas a la presión internacional, en el marco del conflicto este-oeste, limitaron la participación de la sociedad en los comicios. Además, recuérdese el aumento de los niveles de intolerancia que encontró en los grupos contrainsurgentes y en las fuerzas armadas estatales la máxima expresión de conflictividad social con alta incidencia de involucramiento de la sociedad civil.

Los esfuerzos en procura de la paz primero vinieron desde el exterior, en 1983, con el establecimiento del Grupo de Contadora, con la participación de los gobiernos de México, Venezuela, Colombia y Panamá. En la isla panameña de Contadora se conformó esta agrupación, cuya agenda consistía en la pacificación de la región; sin embargo, los países del istmo miraron con cautela y poco agrado el plan, debido al presunto protagonismo mexicano subyacente en la negociación; esto porque “[...] siempre han mirado a México con suspicacia y desconfianza” (Stone, 1993, p.86).

La senda por recorrer se decantó por una hoja de ruta trazada por los centroamericanos. En 1986, el presidente guatemalteco Vinicio Cerezo convocó a una reunión en la ciudad histórica de Esquipulas, la asistencia de los mandatarios del istmo constituyó un hito sin parangón en la historia, en aras de encontrar una salida a la crisis. El año siguiente, cuando la URSS presentaba signos de crisis en su interior, propios de una distensión (Aguilera, 2004, p.157), el dignatario costarricense Óscar Arias convocó, en medio de serias dificultades y conatos de boicot por parte del gobierno de Reagan, a una nueva cumbre en la misma ciudad guatemalteca, donde se discutió y se aprobó el Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica. Allí se enunciaron una serie de puntos, a nivel de preceptos esenciales para alcanzar la pacificación, entre ellos: cese del



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

fuego, elecciones libres y amnistía. Empero, luego de la rúbrica del citado acuerdo, quedaba por enfrentar una serie de desafíos nada fáciles de asumir y de resolver para así cristalizar los tratados de paz para cada uno de los países.

Mientras llegaba la hora de la ansiada paz, en El Salvador se registró un hecho de lamentables consecuencias, pormenorizadamente abordado por Alain Rouquié, el embajador francés en ese país. Según Rouquié (1992), la agudización de la lucha social adquirió matices de carácter religioso, porque dentro de una visión reduccionista de la realidad, muy apegada a la visión ortodoxa de la Guerra Fría, grupos poderosos achacaron, sin titubeos, a los curas la responsabilidad de la subversión de los grupos subalternos, considerándolos agentes portadores del comunismo y autores intelectuales de la guerrilla. A partir de 1977, en El Salvador fueron fusilados once sacerdotes y tres religiosas, entre ellos el arzobispo Romero. Este prelado había levantado su voz a fin de que el presidente Carter cesara el envío de recursos para la compra de armas. Nueve años más tarde, en noviembre de 1989, fueron asesinados a sangre fría, por parte de un destacamento del ejército, seis sacerdotes jesuitas, entre ellos Ignacio Ellacuría, un clérigo de origen español, teólogo y filósofo. Ellacuría había sido incluido en una *lista negra* desde 1981, fue obligado a abandonar el país, regresando tres años después para ocupar la rectoría de la Universidad Centroamericana (Rouquié, 1992, p.130-131).

El desenlace anterior se enmarcó en una ofensiva revolucionaria netamente urbana ocurrida días antes. El FMLN se hizo con el control de un tercio de la ciudad capital. Por su parte, las fuerzas armadas del gobierno respondieron con bombardeos sobre los barrios humildes de San Salvador y, por supuesto, con aquel ataque criminal que cobró la vida de religiosos (Figuroa, 1993, p.49).

En una publicación posterior, Alain Rouquié afirma, con cierta retórica filípica, que incluso, luego de enero de 1992, cuando se rubricara el acuerdo de



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

paz en el Castillo de Chapultepec, México, “en el Salvador; por lo tanto, no hubo ni proceso ni verdadera reconstrucción nacional. La extrema bipolarización de la vida política hace pensar irresistiblemente en una guerra sin armas donde el aspecto del conflicto armado frecuente los debates electorales” (Rouquié, 2011, p.181).

De acuerdo con el mismo autor, el poder militar ha sido un escollo de peso o una “*espada de Damocles*” en el proceso de transición hacia la pacificación. La tradición, a lo largo de generaciones, figura como uno de los obstáculos más importantes; de ahí que la desmilitarización es un asunto por resolver en la larga duración (Rouquié, 2014, p.226).

En otro orden de cosas, en el mismo año, en diciembre de 1989, la Casa Blanca decidió invadir Panamá para capturar a Manuel Antonio Noriega, “[...] un dictador sin brillo, que no era más asqueroso que muchos otros aliados americanos (papel que él mismo desempeñaba durante buena parte de su carrera como jefe de Inteligencia de las Fuerzas de Defensa de Panamá) [...]” (Reid, 2009, p.158). A Noriega, el hombre fuerte del gobierno, se le acusaba de tráfico internacional de drogas. Otrora, Noriega había sido uno de los más fieles colaboradores de Washington, no obstante, el presidente Bush se mostró temeroso ante la posibilidad de que el panameño pudiera divulgar aspectos de su oscuro pasado cuando este ocupara la dirección de la CIA (Connif, 2002). Para lograr su cometido, mediante la operación Cuchara Azul, un gran contingente armado compuesto por 25 000 hombres, solo comparable con los despliegues militares desde la guerra de Vietnam (Fontana, 2011), arrasó con una barriada de extracción humilde, el Chorrillo.

El año 1989 concluyó con dos episodios de ingrata memoria para el istmo centroamericano: con la masacre de los padres jesuitas en El Salvador y con la barrida del mapa de la comunidad entera de El Chorrillo, que además de la destrucción material, cobró cuatro mil víctimas. Mientras tanto, la firma de los



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

tratados de paz tuvo lugar en Nicaragua en 1990, en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996. No obstante, todavía quedaba sin resolver la implementación de medidas necesarias para lograr el bienestar de las mayorías (Gould, 2016); este último noble propósito aún está pendiente en las agendas de la región, treinta años después de 1989.

### Reflexiones finales

Los “*tiempos recios*” –para continuar utilizando la denominación de Vargas Llosa– tuvieron un significado trágico para los Estados centroamericanos, dentro del marco de la Guerra Fría, concretamente entre el derrocamiento de Árbenz y la invasión de Bush a Panamá. A guisa de recapitulación, se repasan sus aspectos más significativos.

- La conformación de un sistema internacional resultante de la Segunda Guerra Mundial fue responsable de la reafirmación de la hegemonía estadounidense en América Latina. La doctrina Truman así lo enunció y, al mismo tiempo, se convirtió en una justificación para la intervención en Guatemala en 1954 y en Chile en 1973. En ambos casos, los gobernantes depuestos habían sido elegidos democráticamente; sin embargo, esto de poco sirvió y Washington, afanado en cumplir con su cruzada anticomunista, actuó sin titubeos por medio de su brazo estratégico, la CIA, en colaboración con los grupos dominantes locales. Así quedó el horizonte despejado para aupar a gobiernos militares que ejercieran el poder de forma dictatorial.

- La crisis centroamericana se acentuó y llegó a su clímax en el decenio de 1980; en particular, con el triunfo de la Revolución sandinista se agudizaron los conflictos en Guatemala y en El Salvador, lo que hacía más visible el nivel de autoritarismo, cuyas raíces traspasaban el siglo XX; era un proceso sociopolítico de larga duración. Para los años ochenta estallaron las tensiones postpuestas e irresueltas



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

por parte de los sectores dominantes, en medio de un contexto más amplio, en primer lugar, derivado de la crisis del capitalismo mundial generado a su vez por el *shock* petrolero y el consiguiente aumento en escalada de las tasas de interés; y en segundo lugar, por la nueva oleada revolucionaria durante la última fase de la Guerra Fría.

- La ruta hacia la pacificación resultó difícil por los desafíos endógenos y exógenos enfrentados; por un lado, las fuerzas armadas debían declarar el alto al fuego, de la misma manera que la guerrilla debía comprometerse a desarmar a sus fieles colaboradores; por otro lado, el gobierno de Reagan, interesado en seguir alimentado a los contrarrevolucionarios, se rehusaba en el cese de las hostilidades, principalmente en el caso nicaragüense se mostró reticente ante las demandas deseosas de la pacificación. El aporte de Contadora, integrado por un grupo de cancilleres latinoamericanos, allanó el camino para el éxito de la cumbre de Esquipulas II y que se pudiera rubricar el plan de paz.

- Luego de la firma del compromiso de pacificación, aún quedaban pendientes los acuerdos que suscribirían cada uno de los gobiernos con los grupos insurgentes; una tarea difícil de alcanzar. Entre 1990 y 1996 tuvieron lugar dichos encuentros no exentos de reveses. En 1989, en El Salvador se aniquiló a seis jesuitas. Esta masacre sucedió entre la firma del plan de Esquipulas y 1992, cuando el presidente Alfredo Cristiani concretara un acuerdo con la guerrilla.

Así, pese a que ya han transcurrido cuarenta años del estallido de la crisis, en esta porción del continente americano, aún resuenan los ecos en el presente del paso de la tragedia de la guerra, en parte porque los arreglos conducentes a la paz estuvieron plagados de dificultades que incluso trascienden las mismas decisiones de carácter meramente políticos.



## Bibliografía

- Acuña, V. H. (1995). Autoritarismo y democracia en Centroamérica: la larga duración (Siglos XIX y XX). En Kinloch, F. (Edit.), *Nicaragua en busca de su identidad* (pp. 535-571). Managua: Instituto de Historia de Nicaragua-Universidad Centroamericana.
- Aguilera, G. (2004). Enfoques históricos sobre la seguridad en Centroamérica. En *Educación para la seguridad* (pp. 131-163). San José: Universidad para la Paz.
- Angell, A. (2002). Chile, 1958-c.1990. En Bethell, L. (Edit.), *Historia de América Latina 15. El Cono sur desde 1930* (pp. 255-312). Barcelona: Crítica.
- Barrientos, J. (2019). *Los amigos de Lucifer, la ideología anticomunista en Costa Rica: guerra fría, discursos hegemónicos e ideología políticas, 1948-1962*. San José: Editorial Arlekin.
- Bulmer-Thomas, V. (1998). *La historia económica de América Latina desde la independencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Burns, B. (2006). *The poverty of progress. Latin America in the nineteenth century*. California: University of California Press.
- Connif, M. (2002). Panamá desde 1903. En Bethell, L. (Edit.), *Historia de América Latina 14. América Central desde 1930* (pp. 247-281). Barcelona: Crítica.
- Ferguson, N. (2007). *The war of the world*. London: Penguin Books.
- Figuroa, C. (1993). Centroamérica: entre la crisis y la esperanza (1978-1990). En Torres-Rivas, E. (Edit.), *Historia General de Centroamérica Tomo VI* (pp. 11-34). Madrid, España: Sociedad Estatal Quinto Centenario-FLACSO.



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

Fontana, J. (2011). *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*.  
Barcelona: Pasado Presente.

Fonseca, E. (1998). *Centroamérica: su historia*. San José: FLACSO-EDUCA.

García, R. (2012). La Revolución Guatemalteca y el legado del presidente Árbenz.  
*Anuario de Estudios Centroamericanos*, 38, pp. 41-78.

Gleijeses, P. (1991). *The Guatemalan Revolution and The United States. 1944-1954*. Princeton: Princeton University Press.

Gould, J. L. (2016). *Desencuentros y desafíos: ensayos sobre la historia contemporánea centroamericana*. San José, EUCR.

Guerra-Borges, A. (1993). El desarrollo económico. En Pérez, H. (Edit.), *Historia General de Centroamérica Tomo V*. (pp. 15-84). Madrid, España: Sociedad Estatal Quinto Centenario-FLACSO.

Halperin, T. (1997). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

Hobsbawn, E. (1996). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Judt, T. (2012). *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.

LaFeber, W. (1984). *Inevitable Revolutions, The United States in Central America*.  
New York: Norton.

Leal, F. (2003). La doctrina de seguridad nacional: materialización de la Guerra Fría en América del Sur. *Revista de Estudios Sociales*, (15), pp. 74-87.  
Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/26627242\\_](https://www.researchgate.net/publication/26627242_)

Malamud, C. (2013). *Historia de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

- McMahon, R. (2009). *La Guerra Fría. Una breve introducción*. Madrid: Alianza Editorial.
- Molina, I. y Palmer, S. (2017). *Historia de Costa Rica: breve, actualizada y con ilustraciones*. San José: EUCR.
- Murillo, H. (1981). *Tinoco y los Estados Unidos: génesis y caída de un régimen*. San José: EUNED.
- Pérez, H. (2018). *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Powaski, R. (2016). *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona: Crítica.
- Quesada, R. (2012). *América Latina, 1810-2010: El legado de los imperios*. San José: EUNED.
- Reid, M. (2009). *El continente olvidado. La batalla por el alma de América Latina*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Rodríguez de Magis, M. (1964). Una interpretación de la guerra fría en Latinoamérica, *Foro Internacional*, 4, pp. 517-531. Recuperado de [http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18\\_1/apache\\_media/L5E5T6SGDAVMTAADJ1CCNFXGHQJH9S.pdf](http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/L5E5T6SGDAVMTAADJ1CCNFXGHQJH9S.pdf)
- Rojas, M. (1993). La política. En Pérez H. (Edit.), *Historia General de Centroamérica. Tomo V* (pp. 85-164). Madrid, España: Sociedad Estatal Quinto Centenario-FLACSO.
- Rouquié, A. (1992). *Guerres et paix en Amérique Centrale*. París: Éditions du Seuil.
- \_\_\_\_\_. (2011). *A la sombra de las dictaduras: la democracia en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



*Especial: Profesores de Estudios Generales Investigan*

\_\_\_\_\_. (2014). *América Latina. Introducción al Extremo Occidente*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Sojo, C. (1991). La política del aliado inteligente: Costa Rica y Estados Unidos 1988-1989. En *Centroamérica: de Reagan a Bush*. San José, Costa Rica: FLACSO.

Stone, S. (1993). *El legado de los conquistadores*. San José, Costa Rica: EUNED.

Torres-Rivas, E. (1993). Introducción a la década. En Torres-Rivas, E. (Edit.), *Historia General de Centroamérica. Tomo VI* (pp. 11-34). Madrid, España: Sociedad Estatal Quinto Centenario-FLACSO.

Vargas Llosa, M. (2019). *Tiempos recios*. México: Alfaguara.

